

Eurípides

Electra

Escenario: Un campo en la frontera de la Argólida, cerca del río Inaco, en su parte más alta. Una cabaña que es la casa de Electra.

Personajes:

Un campesino de muy pobre condición, supuesto esposo de Electra, hija de Agamenón y Clitemnestra.

Orestes, hermano de Electra.

Pílates, amigo y pariente de orestes.

Coro de mujeres campesinas.

Clitemnestra, viuda de Agamenón.

Anciano, que fue ayo de Agamenón y vive como pastor.

Un mensajero que viene de Argos.

Los Dióscuros, Castor y Pólux, en calidad de deificados, hermanos de Clitemnestra y Helena.

Criados, pueblo.

ELECTRA

Cabaña de campesino en los confines de la Argólida, en la parte más alta de las riberas del Inaco. Comienza a clarear el día.

CAMPESINO: sólo.

¡Vieja tierra de Argos, corriente del Inaco: de aquí fue desde donde partió antaño el rey Agamenón con mil bajeles hacia la tierra de Troya! Y allá mató al que reinaba en la tierra del Ilion, ilustre Príamo y conquistó aquella ciudad famosa de los Dárdanos. Y luego regresó a esta tierra nuestra de Argos y colmó nuestros suntuosos templos con abundantes despojos de aquella tierra bárbara.

¡Ay, y después de haber tenido tantas dichas, en su propia casa vino a morir en una trampa que su mujer misma le puso. Esa fue Clitemnestra, hija de Tíndaro y un hijo de Tiestes, Egisto, fue el que obró el asesinato del rey! Así murió, dejando el cetro de Tántalo. Y ahora Egisto impera en esta tierra y es dueño de la esposa que fue de Agamenón, la hija de Tíndaro.

Cuando el mísero rey partió hacia Troya dejó un hijo varón, Orestes, y una muchacha ya bien crecida, Electra. Un anciano que había sido en otros tiempos intendente de la casa de su padre, pudo sustraer a Orestes de la muerte que contra él tramaba Egisto y lo fue a entregar a Estrofo, en la región de Fócida, para que lo criara. Electra se quedó en la casa de su padre.

Cuando Electra llegó a la pubertad, ya estando casadera, fueron viniendo uno en pos de otro varios magnates de la Hélade a pedir su mano. Pero temeroso de que fuera a tener un hijo varón que resultara vengador de la sangre de su abuelo Agamenón, Egisto la negaba a todos y la retenía en casa.

Ni eso le quitó el miedo. Pensaba que ella podría tener en secreto algún hijo de algunos de los nobles de Argos. Quiso matar a la doncella, pero la madre, con todo y ser malvada, la escapó de las manos de Egisto. Para la muerte que obró en su marido, hallaba disculpa, pero temía hacerse aborrecible al pueblo, si mataba a sus hijos.

Entonces urdió Egisto otro plan: al que matara al desterrado hijo de Agamenón le prometía una buena cantidad de oro, y a mí me dio a Electra como mujer. Claro que mis antepasados son gente de Micenas, y en este punto no hay quien pueda ponerme tacha alguna, pero, aunque ilustres por la raza, carecían de bienes de fortuna: con lo cual la nobleza se acaba. Cuanto menos poder tuviera el marido de esta joven, tanto menor sería el temor de Egisto. Porque si hubiera sido un hombre de posibles, de buena posición, una vez casado, traería a la memoria el viejo crimen y se propondría vengarlo: haría que la justicia cayera sobre Egisto asesino.

Y yo soy esposo, como me ven -¡que me sea testigo Cipris!-, que no he tocado el lecho de Electra: permanece aún virgen. ¡No, yo no soy tan desvergonzado de tomar como mía a una hija de tan altos padres. siendo el que soy por mi nacimiento vil! Y lloro solamente al pensar que si mi cuñado, vamos a decir, regresa alguna vez a Argos, hablo de Orestes, con que amargura vería el enlace de su hermana. Y no me importa que me tengan por loco por conservar intacta a una virgen en mi hogar. Quien tal diga estará nutrido de máximas perniciosas para normar su conducta. El dicterio que me atribuye yo se lo retorno: el loco es él.

Sale Electra de la cabaña con una tinaja para traer agua, sumamente mal vestida.

ELECTRA: ¡Oh negra noche, nodriza de las áureas estrellas, veme cómo a tu sombra voy a traer agua al río portando esta ánfora sobre mi cabeza! No me abaten tanto los orgullosos excesos de Egisto contra mí, pero debo hacer que sean palpables ante los dioses. Y voy también a exhalar mis quejas ante mi padre en el inmenso éter. ¡Esa hija de Tíndaro, malvada, aunque mi madre sea, me arrojó del hogar paterno para congraciarse con su marido de ahora! Ya de Egisto tiene dados a luz otros hijos y Orestes, como yo, somos estorbo en su casa.

CAMPESINO: Ah, pobrecita. ...! ¿Cómo es que tú pretendes hacer esos trabajos que a mí me tocan? ¿Cuándo en tu feliz mansión hiciste eso? ¿Por qué no lo dejas, como yo te lo ruego?

ELECTRA: Yo te igualo como amigo con los dioses. Nunca has vilipendiado mis infortunios. ¡Qué grato es para el hombre, en la infausta fortuna, hallar dulce remedio, cual tú eres para mí! Por eso, aunque no quieras, mientras fuerzas tenga yo, debo hacer menos graves tus afares, aliviar tus fatigas y compartir tus penas. ¡Bastante tienes fuera en qué fatigarte, y debo por esto hacer en casa lo que me corresponde! Cuando del trabajo rendido llega a su hogar el hombre, hermoso es que tenga todo ya bien dispuesto en su morada.

CAMPESINO: ¡Tal te place hacer, hazlo! Por lo demás el agua no corre lejos de esta habitación nuestra. Yo, cuando el día despunte, iré a sacar las vacas a los campos y a sembrar en seguida en los barbechos. No hay labrador que pueda ganarse el pan, por mucho que los dioses tenga siempre en la boca, si no se da él mismo al trabajo.

Sale cada uno por diferente lado Llegan Orestes y Pilades.

ORESTES: Oh Pilades, entre todos los mortales yo te creo fiel como amigo y como huésped. El único que le queda a Orestes de todos sus amigos y en admirable modo. Nada ha sido para ti la infausta suerte a que me condena Egisto, ese hombre que mató a mi padre, ayudado por mi malvada madre. Hoy vengo a tierra argiva, mandado por oráculo divino escondiéndome a todos, para matar a los matadores de mi padre. Anoche fui a su tumba y allí derramé lágrimas y dejé las puntas de mi cabellera. Derramé en su sepulcro la sangre de una oveja sacrificada. Y no pudieron verme los dos tiranos que ahora rigen la tierra. No quise entrar a la mansión real, aunque dos veces avanzaba el pie. Pero allí me contuve. Estoy en los linderos. Si algún espía me viera, de un salto me hallo en otro territorio. Ando buscando, además, a mi hermana. Dicen que está casada, que dejó de ser virgen y ya no es ella guardiana de la casa paterna. Y seguiré buscando hasta no hallarla. La uniré en mi obra de venganza de este crimen y sabré por sus labios lo que en ese palacio está pasando.

La aurora llega ya. Hay que desviar los pasos de esta senda. Alguien venir pudiera, un labrador, alguna mujercilla de su casa, y habré de preguntarle si por ventura no habita por estos rumbos mi hermana.

¡Ah, sí, ya ves! ¿No miras? Viene hacia acá una mujer con cabeza rasurada y trae en ella un ánfora.

Ven, acerquémonos y vamos a preguntar a esta esclava. Puede ser que ella nos dé algún informe tocante al asunto que acá nos ha traído.

Se hacen a un lado en espera Y llega Electra con su ánfora de agua y va cantando:

ELECTRA ESTROFA 1: ¡Paso ligero, adelante, adelante; sube en tanto derramas tus lágrimas! ¡Ay de mí, ay de mí!

¡Nací hija de Agamenón, mi madre fue Clitemnestra, esa infeliz hija de Tíndaro. Mi triste nombre es Electra, así la ciudad me llama.

Ah, ah, que penas he pasado, Qué amarga ha sido mi vida!

¡Padre, yaces en el Hades, matado por tu esposa y por Egisto, oh Agamenón, oh Agamenón!

¡Vamos, renueva tu canto' de dolor sube, sube entre sollozos!

ANTISTROFA 1.-¡Paso ligero, adelante, adelante; sube, sube en tanto que derramas tus lágrimas! ¡Ay de mí, ay de mí!

¿A qué ciudad, a qué casa estás como servidor, oh hermano mío infortunado? ¡Tú que en la patria mansión dejaste desamparada a tu hermana, bajo el peso de infortunios, plena de amargas congojas!

¡Oh si vinieras a libramme de los males que me aquejan -¡Zeus, Zeus, concédelo tú!-, y a vengar la paterna sangre horrendamente derramada!

¡Ya tu errante paso dirige a Argos!

Deja su ánfora y se detiene para seguir su lamento.

ESTROFA 2.-¡Baja ya de tu frente esa ánfora!

¡Lloré a mi padre por la noche; debo llorarlo ahora que se levanta el día!

¡Lamentación del Hades, ayes del Hades, padre, son los que elevo a ti en esta tierra hostil en que vierto gemidos y lágrimas!

No hay día en que yo cese de llevar mi lamento y mi garganta amada rasgar con mis uñas y dar a mi cabeza los golpes que el dolor pone a quien se queja! ¡Es todo por tu muerte!

¡Si, tu cabeza hierre! ¡Sé como el cisne que con voz doliente, junto al agua que corre, lamenta a su padre que pereció atrapado en red de infamias y lo evoca sin cesar!

Así soy yo, oh padre, lamento tus dolores, y me deshago en lágrimas!

ANTISTROFA2._ ¡Baño final infausto en que tu cuerpo tu mismo colocaste; lecho de desventura en que la muerte te estaba acechando!

¡Ay de mi, ay de mi! ¡Cruel segur que te rindió, oh padre, cuando venías tú de haber rendido a Troya! ¡Trampa de horrores en que sucumbiste!

¡No con diademas, no con guirnaldas te esperaba tu esposa: era la espada de doble filo que preparaba Egisto! ¡Inaudita maldad y cobardía: ella te dio a la muerte y al matador lo acogió en su lecho!

Entra el Coro de jóvenes campesinas.

CORO. ESTROFA-Hija de Agamenón, oh noble Electra, llevo a tu pobre mansión.

Vino uno, ha venido uno de Micenas, que está viviendo en la montaña solamente nutrido de leche. Dice por voces de heraldo que ha de celebrarse en Argos una fiesta de tres días con sus sacrificios y deben ir allá todas las doncellas, a reunirse en el templo de Hera.

ELECTRA: ¡Mi alma ya volar no puede a las estruendosas fiestas, ni busca los áureos collares! ¡No, yo no voy a las danzas con las jóvenes de Argos, ni bailará mi pie siguiendo el ritmo de la melodía!

¡Lloro yo toda la noche y lloro también mientras luce el día!

¡Ved mis cabellos hirsutos y manchados; ved los andrajos con que ando vestida. ... ¿ésta es la forma y éste el decoro que a una princesa de Argos compete?. ¿A la hija de Agamenón que pudo vencer a Troya? ¡Esa ciudad que eternamente ha de guardar la memoria de mi padre!

CORO. ANTISTROFA-¡Grande la diosa es! ¡Voy a prestarte una túnica de bordados de oro y algunas joyas que hermosen tu persona! ¿Estás pensando que puedan tus lágrimas ablandar a tus enemigos, si no te ven participando en las fiestas de los dioses? ¡No lágrimas, no gemidos, oh niña, son los medios de propiciar a los dioses, sino las plegarias que los doblegan a ti piadosos!

ELECTRA: ¡Ningún dios mi voz escucha en medio de mis desventuras! Han olvidado los sacrificios que mi padre les hacía! ¡El murió y el hijo que vive, va errando por extrañas tierras!

¡Hijo de un padre glorioso, hoy en remotos países se sienta entre los criados y va vagando por el mundo!

Y yo, en este humilde refugio entre los montes rocosos, voy arrastrando la vida, expulsada de mi real casa.

¡Mi madre comparte el lecho con el que mató a su esposo!

CORIFEO: ¡Ah, qué de males y desventuras han sufrido los griegos a causa de esa Helena hermana de tu madre!

Aparecen Orestes y Píldes, con su séquito un poco alejado.

ELECTRA: ¡Ah, por los dioses, señoras, tengo que cesar mis lamentos! Unos hombres extraños que estaban allí tendidos junto a la casa, se ponen de pie. ¡Vámonos, pronto: vosotras seguid el camino; yo me meteré a mi casa! ¡Pronto, muy pronto; puede haber peligro!

ORESTES.-¡Quieta, infortunada: de mi mano nada temas!

ELECTRA: ¡Febo Apolo, protégame de la muerte!

ORESTES.-¡A otros matar quiero más odiosos, no a ti!

ELECTRA: ¡Vete, aléjate, no toques lo que no debes!

ORESTES.-Y nadie hay que tenga mayor derecho de tocarte que yo.

ELECTRA: ¿Por eso alzando la espada estás espiando mi casa?

ORESTES.-Espera y oye. En breve dirás tú lo mismo.

ELECTRA: Me doy, del todo me someto. Más fuerte que yo eres.

ORESTES.-Vengo a traer un, recado de tu hermano.

ELECTRA: ¡Gratísimo extranjero, está vivo o ha muerto?

ORESTES.-Vive. En primer término te daré a conocer su fortuna.

ELECTRA: ¡Que seas feliz por tus dulces palabras!

ORESTES.-¡Sea para los dos realizado tu deseo!

ELECTRA: ¿En qué tierra el desdichado las desdichas del destierro vive?

ORESTES.-No en una sola ciudad está fijo en medio de su vagabundeo

ELECTRA: ¿No le hace falta el sustentó diario para la vida?

ORESTES.-Lo tiene, sí, pero el hombre en destierro es siempre enfermo.

ELECTRA: ¿Y qué mensaje vienes a traerme?

ORESTES.-De saber si estás viva, y qué condición de vida tienes.

ELECTRA: ¡Pues lo estás viendo: mira mi cuerpo enflaquecido y escuálido!

ORESTES.-Tan agotado por las penas que me haría sollozar su vista.

ELECTRA: Y mi cabeza raída, cual si fuera yo una mujer escita.

ORESTES.-¿Te muerde el alma acaso, la muerte de tu padre, la ausencia de tu hermano?

ELECTRA: ¡Ay de mí! ¿Es que hay algo que más ame yo?

ORESTES.-¡Ay!, ¿y para tu hermano piensas que haya algo más amado que tú?

ELECTRA: Un ser amado ausente y lejano a mis ojos.

ORESTES.-Y, ¿por qué en esta remota región habitas?

ELECTRA: ¡Fui casada, extranjero, con boda que me mata!

ORESTES.-¡Ay, pobre de tu hermano! ¿Con un vecino de Micenas?

ELECTRA: ¡No el que mi padre me tenía señalado!

ORESTES.-Cuenta. Ya te oigo; todo debo referirlo a tu hermano.

ELECTRA: En esta apartada región estoy viviendo en su casa.

ORESTES.-¡Casa de boyero, o de un rascatierras!

ELECTRA: Pobre es el hombre, pero conmigo noble y piadoso.

ORESTES.-¿Qué piedad hallas tú en tu esposo?

ELECTRA: ¡Jamás ha osado subir a mi lecho!

ORESTES.-¿Por voto a los dioses, o por creerte indigna de él?

ELECTRA: ¡No juzga digno ultrajar a mis padres!

ORESTES.-¿Es que tal matrimonio no le causa alegría?

ELECTRA: Dice, extranjero, que el que me dio a él no tenía derecho alguno.

ORESTES.-He comprendido. Teme la venganza de Orestes.

ELECTRA: Cierto que teme, pero además es hombre sensato.

ORESTES.-¡Ah, noble hombre indicas: tendrá su recompensa!

ELECTRA: ¡Si alguna vez a casa regresare el hoy ausente!

ORESTES. - Pero, ¿tu madre pudo, siendo quien te dio a luz, consentir en esto?
ELECTRA: ¡Ay, extranjero, las mujeres aman a sus maridos; no a sus hijos!
ORESTES. - ¿Qué causa tuvo Egisto para hacerte esta ofensa?
ELECTRA: Que diera yo a luz hijos de un hombre así, desprovistos de fuerza y poderío.
ORESTES.-¿No han de nacer de ti hijos que un día sean vengadores?
ELECTRA: ¡Es lo que él quiere...! ¡Que lo pague alguna vez!
ORESTES.-¿Sabe el marido de tu madre que aún eres virgen?
ELECTRA: No lo sabe. En secreto nosotros lo guardamos.
ORESTES.-¿Las que oyen estas pláticas son tus amigas?
ELECTRA: Bien sabrán guardar en secreto tus palabras y las mías?
ORESTES.-¿Qué hacer pudiera Orestes, si a Argos viniera?
ELECTRA: Problemático es eso. Y vergonzoso; mejor no lo preguntes.
ORESTES.-Y, si viniera, ¿cómo podría matar a los asesinos de su padre?
ELECTRA: ¡Que se atreva a hacer lo que ellos se atrevieron para matarlo!
ORESTES.-¿Te arriesgaras tú, unida a él, a matar a tu madre?
ELECTRA: ¡Moriría bajo el hacha con que ella mató a mi padre!
ORESTES.--¿Lo digo? ¿Estás dispuesta a esto?
ELECTRA: ¡Aunque yo muera, matar a mi madre quiero!
ORESTES. - ¡Ah, si estuviera aquí Orestes para que te oyera!
ELECTRA: ¡Ay, extranjero, ya mis ojos no lo reconocieran!
ORESTES.-Verdad es, no me admira: desde niños quedasteis separados.
ELECTRA: Quizá uno de los míos pudiera reconocerlo.
ORESTES.-¿Será el que cuentan que lo escapó de morir?
ELECTRA: Sí, un anciano que en remotos días ayo fue de mi padre.
ORESTES. - ¿Muerto tu padre, tuvo honor de una tumba?
ELECTRA: ¡La tuvo, pero arrojado de su misma casa!
ORESTES.-¡Ay! ¿qué dijiste? ¡Mi alma se siente herida aun por males extraños
Habla todo. Dime todo. Yo quiero llevar a tu hermano informes precisos y que los oiga
y perciba. Es necesario. No hay piedad en el hombre sin sentido humano, sino en el que
nace noble. Y a los sensatos toca entender todo, con suma sabiduría.
CORIFEO: Tengo en el alma el mismo anhelo que ella. Vivo lejana a la ciudad e ignoro
las desdichas que allá pasan. Pero ahora quisiera conocerlas también.
ELECTRA: Las diré, si es preciso. Y sí lo es, por ese extranjero. Voy a narrar mis males
y los de mi padre infortunado.
Tú me obligas a hablar. Señor, te ruego que lleves a Orestes la relación exacta de los
males que yo padecí y los de Agamenón.
Primero le dirás con qué ropajes me has encontrado en esta triste choza y cómo está
vestido de harapos mi cuerpo escuálido y deshecho. Dile a qué sombra habito, yo que
moré en aquel rico palacio. El palacio de un rey.
Yo misma estoy sujeta al telar y me fatigo para tejer el lienzo de mis ropas, que si no lo
hago, quedaré desnuda. Yo misma bajo al río llevando en mi cabeza el ánfora, para traer
el agua que requiere el servicio.
Privada estoy de fiestas a los dioses; y no puedo formar parte de los coros. Siendo
doncella, debo estar lejana del trato de las demás mujeres. Ni siquiera el recuerdo de
Castor mi pariente guardar puedo: a él prometida fui, antes que fuera trasladado al rango
de los dioses.
¡Mi madre, entre tanto, está en su trono, toda rodeada de despojos de la guerra de
Troya! En las gradas del trono están sentadas las cautivas del Asia que mi padre
condujo esclavizadas, y aquí, como allá en Troya, revisten amplias ropas sujetas con
broches y alfileres de oro.

Queda perenne sobre el pavimento de la regia mansión la negra mancha de la sangre de mi padre, en tanto su asesino se muestra ante la ciudad toda, aun usando la carroza misma que mi padre usó. Empuña altivo el cetro que en viejos tiempos dominaba en Grecia.

De Agamenón la tumba, sin honor, sin decoro, queda sin los rituales libaciones, y ni siquiera las ramas de mirto vienen a adornarla. La pira, igual, sin ornato, sin gloria. Y sumergido siempre en embriagueces, el marido de mi madre -¡el glorioso varón, como le dicen!- va a bailar en la tumba de mi padre y apedrea el monumento y grita a voz en cuello contra nosotros: -" ¿Donde está tu hijo Orestes? ¡Que bien sabe cuidar tu tumba!" Y así en tu ausencia, de ti se está mofando.

¡Oh extranjero, yo ruego que le lleves todas estas noticias! ¡Todo lo llama en mí y en estas palabras vaya el llamamiento! ¡Mis brazos, mi lengua, mi desolado corazón, mi cabeza raída y aquél por quien nací!

¡Vergüenza para un hijo, cuyo padre muerto fue por frigos cobardes, y él ni un hombre en venganza matar ha podido! ¡Y joven es y sangre noble tiene!

CORIFEO: Lo vi allá. Es tu marido -lo llamaré así- que ya regresa. Terminó su tarea. Regresa el campesino, esposo de Electra.

CAMPESINO: ¡Ah!, ¿y esos quiénes son? Unos extraños que miro a mis puertas. ¿Qué motivo han tenido para venir a mi pobre cabaña? ¿Por mí vienen? ¡Y una mujer hablando con los hombres, y jóvenes por más señas, no es cosa conveniente!

ELECTRA: Amado mío, no pienses mal de mí. Vas a saber qué asunto estamos tratando: porque estos extranjeros han oído de Orestes un mensaje para traerlo a mí. Vosotros, extranjeros, dispensad sus palabras.

CAMPESINO: ¿Qué dicen? ¿Está vivo y goza aún la luz del día?

ELECTRA: Según su palabra, que parece veraz, está con vida.

CAMPESINO: ¿Y recuerda los infortunios de su padre y los tuyos?

ELECTRA: Es de esperarse. Pero en el destierro un hombre suele desmayar.

CAMPESINO: ¿Qué mensaje de Orestes han traído?

ELECTRA: Les dio el cuidado de indagar mis males.

CAMPESINO: Vaya, unos los ven; otros, se los dirán.

ELECTRA: Lo saben ya. Nada quedó sin darles a conocer.

CAMPESINO: ¡Qué tiempo que esta mi puerta debiera haberse abierto para éstos! Salve, señores: entrad bienvenidos a esta casa. A cambio de gratas nuevas tendréis cuanto ella pueda otorgaros.

(a los que vienen con Orestes).- ¡Criados, acá el equipaje de los señores. Metedlo a casa. Y no hay más que hablar.

Venís como amigos, en nombre de un amigo. Pobre nací, lo sé, pero no con un corazón mezquino y voy a demostrarlo.

ORESTES.-¡Por los dioses...! y ¿ese es el marido que no consuma la boda para evitar a Orestes el bochorno?

ELECTRA: Es el que mi desgracia hace llamar mi esposo.

ORESTES.-¡Ay, ser un buen hombre no tiene marca fija, y el desconcierto rige la humana progenie!

¡Cuántas veces he visto a un hombre que engendró un noble padre, pero él se muestra como criatura vil! Y vi, también, nacidos de padres sin valor ni estimación, hijos que llegan a mostrar su nobleza. Mil veces vi prudencia y sabiduría muy grande en un miserable y pobre cuerpo.

¿Para juzgar a un hombre que base escogería uno? ¿La riqueza? ¡Es un pésimo juez!

¿La pobreza? Tampoco. Es falaz y fuente de necesidad que induce al hombre al mal.

¿Las armas son criterio? ¿Qué, basta ver a alguno con su lanza para afirmar que es

valiente? ¡En confusión tan grande, es preferible dejar a la ventura y a lo imprevisto el juicio!

Veis a este hombre. No era un grande en Argos. No se gloriaba de una bella mansión y alta alcuernia, y entre tantos, se descubre que es todo un noble. No tenéis discreción los que a la turba engaños con argucias y falacias. Debéis juzgar a un hombre por la noble rectitud de sus costumbres. Gentes así edifican las ciudades y los hogares. ¿Un robusto y gallardo cuerpo? ¡Cuántas veces está vacío de seso y no es sino una estatua en medio de la plaza Y para resistir a la lanza, es igual brazo fuerte que brazo débil, con tal que haya en el pecho un ánimo esforzado: todo lo hace la bien dispuesta mente y un natural bien constituido.

Tu acogida es digna del príncipe, al mismo tiempo ausente y presente, del hijo de Agamenón estoy hablando, por cuyo mandato hemos venido. Recibo con agrado tu invitación. Fuerza es, domésticos, entrar a esta casa que nos brindan. Para mi quiero, antes que un rico, un Pobre, que tenga un alma grande. Avalor en extremo la acogida que este hombre nos hace en su hogar. ¡Cuánto quisiera yo que tu hermano, Va feliz un día, nos llevara a su feliz morada! ¡Puede eso suceder, que los oráculos de Loxias seguros son y yo me burlo de humanas, cavilaciones.

Entran a la cabaña Orestes, Pílates y su séquito.

CORIFEO: ¡Ahora conviene, Electra mejor que nunca regocijar y enardecer el alma con la alegría! ¿Quién sabe si depara para nosotros ya el destino una feliz etapa en nuestra vida?

ELECTRA: ¡Ah, cómo puedes acoger a huéspedes tan altos en su alcuernia, cuando miras la escasez y miseria de tu hogar?

CAMPESINO: Nobles dices que son y así se muestra. No importa la pequeñez y pobreza de nuestra casa: si nobles son, con ella han de ajustarse.

ELECTRA: Pues siendo tan humilde como eres has errado así, ve luego a buscar al amigo de mi padre, al buen anciano que nutrió su infancia Lo podrás hallar en las cercanías del río Tanao, precisamente donde sirve de límite entre la tierra de Argos y la de Esparta. Allí apacienta sus ovejas desde el día en qué fue arrojado del palacio y aun de la ciudad. Ruégale que venga y que, de paso, de su hogar nos traiga algunos bastimentos para dar algo a nuestros huéspedes. Ha de sentirse feliz y ha de dar gracias a los dioses, cuando sepa que está vivo aquel niño que él mismo salvó un día. Del palacio de mi padre, en que mi madre reina, nada lograríamos. Amargo nos resultara llevar la noticia con que la desdichada supiera que aún está vivo Orestes.

CAMPESINO: Pues si así te parece, iré al anciano y llevaré tu mensaje. Entra pronto a la casa y prepara lo que puedas. Muchas cosas hay que la mujer de improviso dispone cuando es urgente dar de comer. Por otra parte, bastante hay en casa para dar, aun saciando, a nuestros huéspedes el sustento de un día.

Entra Electra.

CAMPESINO: Cuando medito en casos como éste, caigo en la cuenta de lo que vale ser rico cuando hay que agasajar a un huésped, o cuando hay que atender a un enfermo. El pan de cada día bien poco cuesta: con igual parte queda saciado lo mismo el rico que el muy pobre.

Se va el campesino.

CORO ESTROFA 1.-¡Naves gloriosas que antaño subisteis a Troya, empujadas por innúmeros remos, y que ibais haciendo bailar a las Nereidas en la balanceada danza de las olas!

¡Fascinados los delfines al son de la flauta, giraban en torno de los grandes espolones de vuestras proas, sin fatigarse jamás!

¡Hacían el cortejo del hijo de Tetis, el gran corredor de saltos ligeros. ¡El iba hacia Troya con Agamenón, hasta llegar a las riberas del Simois!

ANTISTROFA 1.-¡Salvada la punta del cabo de Eubea, llevaban las Nereidas el escudo y las armas que Efesto forjó en sus yunques de oro!

¡Allá en las laderas del monte Pelión y allá en los remotos valles del río Osa, terrenos sagrados que sólo las Ninfas frecuentan, iba en busca de aquel jovenzuelo que, su padre noble había prometido que iba a ser un día la luz de la Hélade, el engendrado por Tetis marina, el mejor y más vivo de los defensores de la casa de los Atridas!

ESTROFA 2.-De Ilión vino un día, oh hijo de Tetis, un hombre llegado por el puerto de Nauplia. El pudo contarme cómo era el emblema que en tu inmenso escudo estaba grabado y que era el espanto de todos los hijos de Frigia.

En la ancha faja que rodea el contorno, estaba Perseo con talones alados, volando sobre el mar: llevaba en la mano el cuello mutilado de la Gorgona.

En el campo adjunto, el hijo de Maya, Hermes, el que de Zeus lleva los mensajes y es un joven agreste y bronco.

ANTISTROFA 2: Lucía en medio del enorme escudo radiante el disco del sol, sobre una carroza que alados corceles que llevaban en fugaz carrera, y lo cortejaban todos los astros en bandada. Pléyades, Híadas que habían de ser el espanto de Héctor.

Había en el casco de oro Esfinges, que con sus uñas aferraban las presas que con sus cantos enigmáticos pudieron conquistar.

Y sobre la coraza, bien ajustada a su pecho, ondulaba ardiendo el fuego, saltaba la leonina fiera con garras alzadas ante el caballo que llegaba del Pirene.

EPODO: En su mortífera lanza galopaban los caballos con todo el ímpetu de sus patas, y el negro polvo se alzaba de sus agitados flancos.

¡Y este jefe de hombres de guerra, oh pérfida hija de Tíndaro, fue por tus amores muerto! ¡Quiera sobre ti mandar una muerte el dios que rige los cielos, tan sangrienta como la suya, y vea yo, ¡ojalá vea! de tu garganta rasgada correr la sangre que el hierro hizo saltar!

Llega el Anciano que mandó llamar Electra.

ANCIANO: - ¿Dónde está aquella joven, dónde está? ¡Es la princesa, la hija de Agamenón, la que yo mismo en el palacio crié! ¡Qué trabajo para llegar a su morada, qué penosa subida para los pies de un anciano como yo! Pero debo venir, debo traer, aun arrastrando, a casa de los que amo mi espalda encorvada y mis rodillas vacilantes. Sale Electra de la cabaña.

ANCIANO:-¡Hija, te veo al fin ante esta casa! Traigo un corderillo que escogí del rebaño. Se lo arranqué a la madre. Traigo guirnaldas de flores y traigo quesos recientes que acabo de sacar de sus moldes. Y un tesoro que iba yo guardando por largos años: este don de Dionisos, de perfume acendrado. Poco es en cantidad, pero habrá que mezclarlo con bebida menos fuerte para que sea grato al paladar.

Vaya, que todo se lleve a tus huéspedes allá dentro. Y deja que yo enjugue con este jirón de mi manto los ojos que tengo cuajados de lágrimas.

ELECTRA: ¿Anciano, por qué bañas tu rostro en llanto? ¿Acaso a mi vista resucitan los infortunios de otros tiempos? ¿Recuerdas los seres que amabas? ¿Tu llanto es por Orestes desterrado, o por mi padre muerto? ¿Ese que tú en días muy remotos en tus brazos llevabas y con tantos afanes cuidabas? ¡Pereció para ti, como pereció para todos los que le amamos!

ANCIANO:-¡Sí, pereció! Y no es, a pesar de ello la causa de mi llanto. ¿Sabes cuál es? Al venir de camino por su tumba pasé. Me postré ante ella y derramé llanto al ver el abandono en que yace. Abrí ese odre que a los huéspedes traigo y derramé libaciones. Puse después en torno de la tumba ramas de mirto.

Y... ¡qué veo en lo alto de la pira una oveja inmolada! ¡Su zalea era negra, aún fresca su sangre... y además, rubias crenchas!

¡Qué estático quedé! ¡Hija, qué hombre pudo del mundo entero venir a esta tumba? ¿Un vecino de Argos? ¡No!

¿Habrá regresado ya tu hermano acaso? Viene en secreto y él rinde homenaje al sepulcro del padre? Y ... ¡mira estos cabellos y compara con los que tu cabeza cubren! ¿No son iguales? ¿No tienen el mismo colorido? ¡Bien sabido es que los hijos nacidos de la misma madre tienen características iguales!

ELECTRA: ¡Ay, anciano, razones como un loco, si piensas que mi hermano hubiera recatado su presencia Para llegar a esta tierra por temor a Egisto! ¡Y tu, prueba. .. ah, tu prueba! ¿Crees que una cabellera que crece en los campos del deporte y se ejercita en viriles empresas, va a ser semejante a la que en el hogar, bajo el peine, se va suavizando? ¡No hay comparación! Y el color... oh, el color, mil veces lo encontramos semejante entre personas que ninguna liga de sangre tienen.

ANCIANO: - ¡Vaya! Pon aquí el pie, marca tu paso y mira si la huella no es la misma que la de tu hermano. Tienen igual medida, hija mía.

ELECTRA: ¡Ajajá! ¿Hallas tú huellas en un suelo de roca? Pero te lo concedo: ¿Crees tú que un hermano y una hermana puedan tener iguales huellas? ¡El pie del varón es más grande!

ANCIANO: - ¿Y no reconocerías un manto que tu misma lanzadera tejió y él llevaba en su cuerpo el día en que yo pude escapar de la muerte?

ELECTRA: ¿Pero tú sabes que era yo muy pequeña cuando a Orestes de esta tierra expulsaron? ¡Y una ropa de niño que para él tejí...! ¿La va a traer ahora? ¡Sólo que los vestidos crezcan con los cuerpos!

Nada es pues de eso. Fue algún extranjero que se sintió movido de compasión e hizo esos honores a la tumba de mi padre... porque, él solo que estuviera en acuerdo con los espías. . .

ANCIANO: - ¿Y dónde están ahora los extranjeros? Déjame hablarles, deja que les pregunte acerca de tu hermano.

Se presentan Orestes y Pílates.

ELECTRA: Aquí los tienes: con ligero paso salen de la cabaña.

ANCIANO:-Nobles de raza, sí, pero no basta la apariencia. Cuántas veces un noble es un malvado. Pero no hay más. ¡Salud, señores míos!

ORESTES.-Salud, anciano. Oye, Electra, ¿qué casta de amigo tienes en esta vieja reliquia de hombre?

ELECTRA: Señor, es el que cuidaba a mi padre cuando era niño.

ORESTES.-¿Qué? ¿Es el mismo que escapó a tu hermano de la muerte?

ELECTRA: Y si vive, a él debe la vida.

ORESTES.-¡Vamos...! y, ¿Qué me mira tanto? ¡Parece que está escudriñando las briznas de la plata! ¿Hay algo en mí que se parezca a otro?

ELECTRA: ¡Quién sabe... y ahora al amigo de Orestes examina!

ORESTES.-¡Su amigo sí...! Ya vuelve a verme a mí.

ELECTRA: Señor, su conducta también me está alarmando.

ANCIANO: - ¡Electra, niña, princesa mía... da gracia a los dioses!

ELECTRA: ¿Por qué? ¿Qué bien les debo? ¡De ahora o de ayer?

ANCIANO:-Por el amado tesoro que hoy te brindan los dioses.

ELECTRA: ¡Vaya, invoco a los dioses...! Pero ahora, ¿qué estás diciendo, anciano?

ANCIANO:-Velo ahora, hija mía: es el ser que más amas.

ELECTRA: Estoy temiendo que has perdido el juicio.

ANCIANO:-¿Perdí yo el juicio porque veo a tu hermano?

ELECTRA: ¡Anciano, qué palabras ...desvariadas las dices!

ANCIANO:-¡Viendo a Orestes estoy, el hijo de Agamenón!

ELECTRA: ¿Qué signo miras para que yo lo crea?

ANCIANO:-Vele esa cicatriz que tiene junto a la ceja... es la herida que se hizo un día en la casa paterna cuando contigo iba corriendo tras un cervatillo.

ELECTRA: ¡Qué dices, ah... sí, ya le veo la huella!

ANCIANO:-¿Y aún así tardas en caer en sus brazos?

ELECTRA: ¡Me convences, anciano... esta señal rinde mi alma...!

Se echa a los brazos de Orestes.

ELECTRA: ¡Ah, tras tanto tiempo al fin miro tu rostro... oh dicha sin igual!

ORESTES.-¡Tras tanto tiempo mía!

ELECTRA: ¡No, no lo creo!

ORESTES.-Y ni yo lo esperaba.

ELECTRA: ¿Eres hermano, eres tú?

ORESTES.-¡Sí, lo único que te queda!

(...laguna en el texto...)

ORESTES.-Ya puedo retirar la red que había yo puesto.

ELECTRA: ¡Lo creo ya! ¡Si la maldad de la justicia triunfa, habría que dejar de creer en los dioses!

CORO: ¡Llegaste, llegaste al fin tanto tiempo anhelado día! ¡Luces y haces brillar, cual antorcha que se yergue sobre la ciudad, al salvador que retorna de su remoto destierro en que agotaba su vida, vagabundo y lejano de su hogar!

¡Un dios, sí, un dios es, amiga mía, quien nos trae la victoria! ¡Alza tus manos, alza tu voz! ¡Eleva tus plegarias a los dioses!

¡Con dicha con dicha viene tu hermano a la patria al fin!

ORESTES.-¡Sea así! Estoy saboreando el deleite de tus dulces brazos y más tarde los gozaremos. Pero hay que obrar.

Anciano, tú -pues has venido tan oportuno- dime qué debo hacer para castigar al que mató a mi padre y a mi misma madre, que al asesino se unió en nefando maridaje.

¿Tengo almas aún bien dispuestas en Argos, que muestren ser amigos? ¿O todo lo hemos perdido, como mi suerte arruiné? ¿Con quién puedo contar? ¿Iré de noche o de día? ¿Qué camino he de seguir para vengarme de mis enemigos?

ANCIANO:-¡Hijo mío, ahora que estás en desgracia, no hay amigos para ti! ¡Qué raro es hallar a quien comparta con nosotros lo mismo la dicha que el infortunio!

¡Caído en la desventura tú, abismado en el dolor, a tus amigos de antaño se les fueron las esperanzas! Créeme: nada te queda, si no es tu brazo y tu suerte, si ansias recobrar tu casa y la ciudad que es tuya.

ORESTES.-¿Cómo hacer para lograrlo?

ANCIANO:-Matando al hijo de Tiestes y a tu madre.

ORESTES.-¡Esa corona anhelo! ¿Pero cómo la alcanzo?

ANCIANO:-No intentes acercarte a las murallas de la ciudad.

ORESTES.-¿La escoltan acaso centinelas y lanceros?

ANCIANO:-¡Lo entendiste! Y te temen y no duermen seguros.

ORESTES.-Sea así. Tú anciano, propón un proyecto.

ANCIANO: Óyeme ahora. Algo me viene a la mente.

ORESTES.-Buen consejo formulas y yo me hago discreto.

ANCIANO:-Cuando venía para acá pude ver a Egisto.

ORESTES.-¡Precioso augurio! Y, ¿en qué lugares lo viste?

ANCIANO:-Allá en aquellos campos, donde sus caballos pastan.

ORESTES.-¿Qué hacía allí? ¡En mis desdichas voy viendo una luz!

ANCIANO:-Va a celebrar las Ninfas ... eso creo yo.
ORESTES.-¿Por un niño que espera, o por un nacido?
ANCIANO:-No sé más. Pero iba a inmolar un toro.
ORESTES. - ¿Con cuántos hombres? ¿Sólo con un criado?
ANCIANO:-Ningún argivo. Gente de palacio.
ORESTES.-¿Habría alguno, anciano, que me reconociera?
ANCIANO:-Todos son criados: nadie te ha visto antes.
ORESTES.-¿Si venzo, ellos se pondrán de mi parte?
ANCIANO:-¡Eso es propio de esclavos, si tal es tu fortuna!
ORESTES.-¿Y qué hacer para, que él me reciba?
ANCIANO:-Déjate ver cuando él este sacrificando su toro.
ORESTES.-Según creo, su campo no está lejos del camino.
ANCIANO:-Cuando te vea pasar té instará al banquete ritual.
ORESTES. - ¡Quiéranlo los dioses, y qué amargo invitado!
ANCIANO:-Después... tú resuelve según los hechos se vayan presentando.
ORESTES.-Bien has dicho. Pero mi madre ¿dónde está?
ANCIANO:-En Argos. Su marido la espera al festín.
ORESTES.-Y, ¿por qué mi madre no se fue con su esposo?
ANCIANO:-Teme la malevolencia. Por eso va aparte.
ORESTES --Entiendo. Sabe que la ciudad la tiene en odio.
ANCIANO:-Tal es. Una mujer malvada es aborrecible.
ORESTES. - Pero, ¿cómo matarla al mismo tiempo que a él?
ELECTRA: Yo voy a disponer la muerte de mi madre.
ORESTES.-En cuanto a aquél, me ayuda la fortuna. He de lograrlo.
ELECTRA: Séate propicia para las dos empresas.
ORESTES.-Será así. ¿Pero cómo hallarás medio de matar a la madre?
ELECTRA: Anciano, ve a decir a Clitemnestra. . . ¡que yo he tenido un hijo varoncito!
ORESTES.-¿De tiempo atrás, o ahora?
ELECTRA: Que llegó el día en qué el parto queda purificado.
ANCIANO:-Y, ¿eso en qué sirve para matar a la madre?
ELECTRA: Vendrá ella, que sabe lo que se padece en ese caso.
ANCIANO:-¿Pero crees que ella venga? ¿Se interesa por ti?
ELECTRA: Sí, y hasta ha de llorar la muerte de mi hijo.
ANCIANO:-Así. Pero insisto en mi primera pregunta.
ELECTRA: Si viene, muerta es.
ANCIANO:-Supon que te la traigo hasta tu puerta.
ELECTRA: Poco tardará en entrar a ella para entrar al Hades.
ANCIANO:-¡Aunque yo muera quiero ver tal hecho!
ELECTRA: Pero, antes, anciano, debes guiar a mi hermano.
ANCIANO:-A donde Egisto ofrece su sacrificio.
ELECTRA: Luego, vas a mi madre y le llevas mi noticia.
ANCIANO:-Tan exacta que ha de creer que la oye de tu boca.
ELECTRA: (a Orestes): ¡A la obra tú! ¡Haz la primera muerte!
ORESTES.-Voy, si alguno me muestra el camino.
ANCIANO:-Con toda el alma yo voy a acompañarte.
ORESTES.-¡Oh Zeus, protector de los derechos paternos, espanto de mis adversarios, a mi...!
ELECTRA: Ten piedad de nosotros: dignos de compasión son nuestros infortunios.
ANCIANO:-Piedad para éstos que son de tu sangre.
ORESTES.-Hera, que reinas en las aras de Micenas. . .

ELECTRA: ...danos la victoria, si nuestra causa es justa.
ANCIANO: -¡Sí lo es por cierto! Vengan la muerte de su padre.
Se arrodillan los tres y golpean al unísono la tierra.
ORESTES: -¡Padre, un crimen te llevó a los abismos de la muerte!...
ELECTRA: A esta sagrada tierra que mis manos azotan. . .
ANCIANO: -¡Ven, ven en auxilio de tus amados hijos!
ORESTES: -¡Trae contigo a todos tus aliados muertos en la guerra!
ELECTRA: Los que con sus lanzas a ti unidos avasallaron la Frigia.
ANCIANO: -Y a todos cuantos ven con horror los crímenes nefandos...
ORESTES: -¿Me oyes, oh padre, a quien mi madre atormentó?
ANCIANO: -Te oye tu padre, sábelo, pero es tiempo de partir.
ELECTRA: He de gritarlo ahora a voz en cuello: ¡Debe morir Egisto! Si caes tú en la batalla bajo mortal herida, muerta soy también yo, no pienses que yo viva. Con daga de dos filos traspasaré mi costado.
Ahora, a mi casa entro y todo lo dispongo. Si la nueva me traen de tu victoria, prorrumpiré en gritos de alegría, pero si mueres, serán mis lamentos los que esta casa llenen. No digo más.
ORESTES: -¡Todo lo sé muy bien!
ELECTRA: ¡Para este hecho muestra que eres hombre!
Se van Orestes y el anciano. Electra al Coro:
¡Mujeres, a vosotras os toca irme indicando los gritos del combate, y yo estaré en guardia con la daga en la mano. Si soy vencida, me sustraigo yo misma a la venganza de mis enemigos y no he de dar mi cuerpo a sus ultrajes!
Se va Electra.
CORO ESTROFA 1.-Una vieja leyenda rememora que por los montes de Argos iba bajando un día un corderuelo, a su amante madre arrebatado El dios Pan que protege los campos al son del caramillo vocinglero, modulaba un dulcísimo ritmo. Y a este canto conducía al cordero de vellocino de oro.
Erguido en las gradas de piedra el pregonero proclamaba: "A la reunión, a la reunión de la plaza, hijo de Micenas! Venid a ver el presagio de felices reinados".
Los coros en torno de la casa celebraban la grandeza de los Atridas.
ANTISTROFA 1.-¡Con sus tapices de oro refulgían los santuarios: en todas la aras de la ciudad reverberaba el fuego! ¡Las flautas de loto, siervas de las Musas, soltaban a los vientos sus más bellas melodías!
Cantaban los himnos al cordero de vellocino de oro y alardeaban de que era el don de Tiestes. El había seducido a la esposa de Atreo, a la que más amaba, y llevado a casa aquel precioso don. Y volvió a la asamblea y a proclamar se puso que el cornudo cordero tenía zalea de oro.
ESTROFA 2.-¡Entonces, sí, entonces mudó Zeus los caminos de los astros y de la aurora de nevada frente! Caminaba al poniente la divina llama, Iban las nubes cayendo al rumbo de la Osa, y secas y lánguidas estaba las llanuras de Amón. ¡Ni gota de rocío, ni la bendita lluvia que manda Zeus!
ANTISTROFA 2.-Dicen -poca fe le doy al dicho- que el sol de áureos rayos mudó su curso y causó al mundo una tremenda ruina, por la obra de un pobre ser humano.
Estas leyendas son para el mortal tremendas, si de los dioses algún don espera. ¡No las sabías tú acaso pero al esposo matas, tú que eres la hermana de gloriosos hermanos!
CORIFEYO: ¡Ah, ah amigas...! ¿No oísteis un grito? ¿O acaso me domina la ilusión?
¡Parece el trueno con que Zeus estalla! Ahora el viento nos trae sonos menos confusos.
¡Electra, mi señora: sal de tu casa!
ELECTRA: Amigas, ¿qué hay? ¿Qué tenemos de la lucha?

CORIFEO: No sé más. Oigo el lamento de un muerto.

ELECTRA: Lo oí también. De lejos, pero el mismo.

CORIFEO: La voz era lejana, pero era muy precisa.

ELECTRA: ¿Un hijo de Argos, o uno de los míos?

CORIFEO: ¡Nadie sabe: en este hecho es pura confusión de voces!

ELECTRA: ¿Debo morir yo entonces? ¿Qué estoy esperando?

CORIFEO: ¡Espera, espera... sabremos tu suerte!

ELECTRA: ¡No fue así. ..! ¡Me vencieron! ¡No hay un mensajero!

CORIFEO: Vendrá más tarde. ¿Crees que es fácil matar a un rey?

Llega un mensajero fatigado.

MENSAJERO: ¡Victoria, victoria, vírgenes de Micenas! ¡Orestes vencedor! ¡A todos sus amigos lo pregonó! El verdugo de Agamenón, el vil Egisto, yace en tierra allí.

¡Gracias dad a los dioses!

ELECTRA: ¿Pero quién eres? ¿Es tu anuncio fiel?

MENSAJERO: ¡Y no lo adviertes tú... soy criado de tu hermano!

ELECTRA: Espanto me domina, amigo mío, ni tu faz pude ver. Ahora sí te conozco...

¿Qué nos dices? ¿Ha muerto el asesino de mi padre?

MENSAJERO: ¡Murió! Es esta la palabra que deseabas.

ELECTRA: ¡Dioses, oh dioses, y tú Justicia, que con tu mirada abarcas todo...!

¡Llegaste por fin!

Dime, en qué forma, con qué ardides mató Orestes al hijo de Tiestes.

Ardo en deseos de saberlo.

MENSAJERO: Cuando dejamos tu casa, fuimos subiendo por la ruta que da grandes sonidos, y llegamos al lugar donde estaba el rey de Micenas. En sus jardines que aguas vivas refrescan, andaba cortando mirtos para formar la guirnalda que iba a poner en su frente. Apenas nos vio, nos dijo: -Hola, señores, ¿de dónde? ¡Quiénes? ¿De qué parte llegáis y a qué? ¿De qué tierra sois?

Orestes les respondió: De Tesalia somos. Vamos a las riberas del Alfeo para hacer sacrificios a Zeus, el dominador del Olimpo.

Cuando oyó estas palabras respondió Egisto:

-Hoy tenéis que quedaros y tener parte en mi convite. Toca la suerte que estoy matando un toro a honor de las Ninfas. Mañana, al comenzar el día, levantaos de la cama y ganaréis el tiempo que parece perdido ahora. Vamos, dentro de casa. Y, conforme hablaba, nos tomaba de la mano y nos iba introduciendo. ¿Habría quien se rehusara?

Ya dentro nosotros, dio un grito:

¡Pronto, baños para los huéspedes, para que vengan ante el altar después de recibir sus rituales lustraciones!

Orestes dijo a esto: -Limpios estamos. Acabamos de bañarnos en las límpidas aguas del río. Pero si los extraños pueden tomar parte en la ritual ofrenda ante el altar, estamos a tu orden, señor Egisto: nada rehusamos. Y así acabó aquella discusión. Los criados dejaron sus armas, y se pusieron a agasajar a los huéspedes recién llegados. Traían unos lebrillos, en que iba a caer la sangre de los sacrificios. Otros alzaban las cestillas. Otros encendían el fuego, y alrededor del hogar se guarnecían de calderos. ¡Qué rebumbio en esa casa!

Tomó granos de cebada el amante de tu madre y los arrojó sobre el altar mientras decía: -¡Oh Ninfas del roquedal, que muchas veces ofrendar podamos yo y la señora de mi casa, hija de Tíndaro, sacrificios de toros en vuestras aras, vivos y felices, como lo somos hoy, en tanto el infortunio hiere a nuestros enemigos!

¡Claro es que allí pensaba en Orestes y en ti!

Mi amo, en lugar de repetir esa plegaría, pedía recobrar el palacio de sus mayores.

Tomó entonces Egisto de un cesto un filoso cuchillo y fue cortando el pelo del testuz de su novillo y con su diestra mano en el fuego lo puso. Mató luego la víctima que cuatro siervos sostenían por las patas, llevándola sobre sus propias espaldas. Dijo a tu hermano entonces:

-Hábiles son los tesalios en destasar un toro y en enjaezar sus caballos. Toma, extranjero, el cuchillo y haz que veamos que es verdad.

Tomó Orestes en su mano el cuchillo de los dorios, bien templado en su hoja. Se despojó de su bello manto de viajero, y, sin consentir que Pílates le ayudara en el menester, hizo a un lado a los criados. Tomó una pata al novillo y de un tajo su brazo dejó lucir la carne blanca. Tardó menos en hacer correr el cuero de lo que tarde el atleta en recorrer dos veces a caballo el camino hacia la meta. En seguida abrió el costado. Tomó Egisto las entrañas y se puso a observarlas. Faltaba un lóbulo al hígado y las venas y las onduladuras estaban manchadas. Egisto se quedó estupefacto. Le preguntó mi amo: -¿Qué hay, señor? ¿Por qué te asombras?

Egisto exclama: -Extranjero, estoy recelando un ardid que me viene de lejos. Un enemigo tengo, y es el hijo de Agamenón, contrario resuelto de esta casa. Responde Orestes: -Señor, ¿si reinas en la ciudad, cómo temes los ardid de un hombre desterrado? ¡Vamos, ahora al pecho! ¡Hay que gozar su frescura! Me la dará una hoja de Ftía, en vez de esta hoja doria.

Tomó su daga y cortó. Cogió Egisto las entrañas y las fue observando una a una. Y mientras él estaba inclinado, tu hermano, empujado sobre las puntas de sus pies, le hundió la daga en la espalda y le quebró la columna vertebral. Convulso y contorsionado en todo su cuerpo, aquel infeliz se agitaba. Cayó al fin deshecho y comenzó a agonizar bañado en su propia sangre.

Corren los criados a requerir sus lanzas y se disponen a luchar contra dos hombres todos ellos. Valientes y temerarios, Orestes y Pílates, están haciéndoles frente. Habló tu hermano y les dijo: -¡No soy un enemigo. No ataco esta casa, ni sus domésticos, ni la ciudad. Yo soy Orestes que venga a su padre y mata al que lo mató. No me matéis, criados de mi padre.

Bajaron ellos sus armas, al oír esto, y un anciano que hacía largo tiempo había servido en el palacio, pudo reconocer a Orestes.

Gritos de alegría estallaron y fueron a coronar la cabeza de Orestes. Y él viene ya. Trae para mostrártela, no la cabeza de la Gorgona, sino la de Egisto. ¡Corrió sangre por sangre y con usura se ha pagado un crimen!

CORO: ¡Pon en acuerdo tu paso, amiga mía, para bailar! ¡Salta como un cervatillo, hienda los aires tu cuerpo, este es un día de gozo!

¡Es vencedor tu hermano! ¡Es más hermosa su corona que la que puede lograrse a la orilla del Alfeo! ¡Une a mi baile tu paso de triunfo!

ELECTRA: ¡Divina luz, resplandeciente cuadriga del sol! ¡Noche que veías mi llanto, y no había para ellos luz, ahora mis ojos libres se elevan! ¡El verdugo de mi padre, Egisto desleal, murió!

¡Traed, traed ahora cuantas joyas guardo yo, con que adorne mis cabellos y con ellas, oh amigas, también coronaré a mi hermano el vencedor!

Entra a la casa.

CORO: Tú tus joyas, yo mis bailes; danzas que a las Musas placen. Son para festejar a Orestes.

¡Tornan a su trono los antiguos reyes! ¡Hundió la justicia a los que usurpaban! ¡Al son de las flautas suene mi alegría!

Regresa Electra y entran Orestes y Pílates. Unos criados traen el cadáver de Egisto.

ELECTRA: ¡Vencedor glorioso, hijo de un padre que abatió a Ilion!

Orestes, oh mi Orestes, orne tus dorados rizos esta cinta. No llegas acá tras haber corrido la carrera de seiscientos pasos en contienda vana: ¡vienes tras la muerte dada a nuestro enemigo, el que asesinó a tu padre y mío!

Y tú, Pílates, muestra de educación que aquel hombre daba, el más piadoso de los hombres, mi padre, recibe esta corona de mi mano, como que tú igual parte que mi hermano tuviste en esta lucha. ¡Que siempre seáis felices y que a mi vista estéis!

ORESTES.-Antes que todo, hermana, piensa en que los dioses son la fuente y el poder de mi feliz fortuna. No me des otra alabanza que la de haber sido un servidor de los designios de los dioses y de la suerte.

Vengo ahora no con palabras, sino con hechos: maté a Egisto: para que sea evidente, aquí tienes su cadáver que te traigo.

Si te place, arrójalo a las fieras para que lo devoren, o atado a un palo, ponlo como presa a los buitres, hijos de los aires: hoy es tu esclavo quien fue tu tirano.

ELECTRA: Me da vergüenza, y sin embargo, he de decirlo...

ORESTES.-¿Qué es? Di. De temores estás libre.

ELECTRA: Hacer ultraje a un muerto me acarrearía ignominia.

ORESTES.-Nadie habría que tu acción vituperara.

ELECTRA: La ciudad toda está mal dispuesta y es amante de habladorías.

ORESTES.-Di lo que te parezca, hermana mía, pero entre nosotros y ese hombre hay una guerra sin cuartel y sin tregua.

ELECTRA: ¡Será así! ¿Con qué injurias, oh infame, baldonarte? ¡Con qué comienzo, con qué acabo y qué pongo en medio? Cada día meditaba con qué dicerios habría de herir tu rostro en el día en que yo estuviera libre de temores para hacerlo. ¡Y ahora libre estoy de esa atadura, y tengo que decirte lo que te hubiera dicho, si hubiera podido, cuando tú vivías.

¡Mi ruina fuiste tú y dejaste privados de su padre a mi hermano y a mí! ¿Qué mal que te habíamos hecho? Y después te enlazaste con mi madre en vergonzosa unión. Y mataste al comandante en jefe del ejército de la Hélade toda cuando fue a Frigia: ¡allá donde no fuiste capaz de ir tú, por cobarde! Y en tu locura sin medida aún pensabas que mi madre era mujer sin tacha, cuando tú habías maculado el lecho santo de mi padre.

Necio es el hombre que un hogar invade y con mujer ajena se entrelaza, si está pensando que le será fiel. Si con ella más tarde se casa, ha de tener en cuenta que la misma fidelidad que le guardó al marido ha de guardarle a él. Miserable eras tú, pues lo ignorabas.

Nadie engañarse pudo: tú sabías que tu mujer había sido una pérfida que maculó las leyes del matrimonio augusto: ella sabía que tú eras el asesino impío de su marido.

Ambos estabais ya tan pervertidos que encubrían mañosos, tú tu injusticia a ella, y ella a ti, su infamia.

Todos los de Argos así lo entendían. Nadie dijo jamás sino el marido de Clitemnestra, y nadie chistó nunca la mujer de Egisto. Y es vergonzoso, en suma, que la mujer rija los destinos de una casa real y el hombre no. Y me vuelvo loca de indignación yo cuando oigo que a los niños los llaman los hijos de la madre, y no del padre que los ha engendrado. ¡Pobre hombre, si se casa con mujer de alta alcurnia: el marido es nada; todo lo es la mujer!

Fuiste tonto, y por eso hacías alarde de ser alguien en Argos. Como eras rico. Pero la riqueza es bien muy pasajero: por brevísimo tiempo la tenemos. Lo que vale es una índole que dura: no la riqueza. Esa alma grande a todo mal resiste perpetuamente y lo vence. Pero el caudal, y más cuando es injusto, y el poder del malvado, juntamente, vuela de casa y luce un tiempo breve.

Virgen soy yo. No quiero hablar de tu conducta con las mujeres, que no es propio eso de mi condición.

Callo entonces, pero en veladas frases algo debo decir. Nada en respeto tú tener pudiste. Como eras el regente en el palacio, como eras, según tú, de bello porte, te sentías muy pagado de ti mismo. ¡No, el marido que quiero, no ha de ser un varón con cara de niña, ha de ser hombre en todos los aspectos! Los hijos de ese padre serán ardientes para la guerra, y los del buen mozo, solamente servirán para adornar los coros en las danzas. ¡Maldito... sí, maldito! ¡Se descubrió tu inepticia, caíste al fin al lazo y pagaste la justa pena! ¡No haya nunca un malvado que, por haber vivido la mitad del curso de su vida en uso de dominio y villanía, ya se juzgue seguro y vencedor de la Justicia. Hay que esperar que llegue aquel crítico punto en que la vida se divide de la muerte!

CORIFEO: ¡Tremendas cosas obraste! ¡Terrible fue tu venganza! Pagados estáis los dos. ¡Tiene gran fuerza la Justicia!

ORESTES.-Vamos, esclavos, el cuerpo adentro. Y bien puesto en la oscuridad. ¡No debe verlo mi madre, ahora que viene acá, antes de que se le dé el golpe!

Meten el cuerpo de Egisto a la casa y se oye que llega el carro de Clitemnestra.

ELECTRA: Alto. Otra cosa hay que ver

ORESTES.-¿Qué es? ¡Veo venir algún auxilio de Micenas?

ELECTRA: ¡No! Es la que me dio a luz, es la que me crió.

ORESTES. - ¡Ah, qué bella carroza, qué ropas tan ricas!

ELECTRA: Bien hace en eso. Bella y engalanada para que mejor la atrape.

ORESTES.-¿Qué hacemos? ¡Es mi madre! ¿Y tenemos que matarla?

ELECTRA: ¡Ya te domina la compasión cuando la miras!

ORESTES.-¡Ay. ay! ¿Como matarla? ¡Si ella me dio la vida, si ella me crió en sus brazos!

ELECTRA: Y ella arrancó la vida a tu padre, que es mío.

ORESTES.-¡Febo, oh Febo... qué loco oráculo el tuyo!

ELECTRA: ¿Yerra Apolo?... ¿Dónde hay saber, entonces?

ORESTES.-¡él me mandó la muerte de mi madre...! Algo sin igual!

ELECTRA: Para vengar a tu padre. ¿Qué malo hay en ello?

ORESTES.-¡Era yo puro: hoy seré matricida!

ELECTRA: ¡No vengues a tu padre: serás sacrílego!

ORESTES.-Mi madre ha de pedir venganza de su muerte y me impondrá, explicación,

ELECTRA: Y, no vengado mi padre, ¿no serás castigado?

ORESTES.-¿No sería un numen funesto el que me habló en el nombre del dios?

ELECTRA: Y en el trípode sacro... ¿quién ha de creerlo?

ORESTES.-Pues digo yo que el oráculo yerra.

ELECTRA: No abatas locamente tu valor, Orestes. Anda, la misma red que mi madre puso a mi padre, pónsela tú. Así mató a su esposo ayudada de Egisto.

ORESTES.-Voy dentro. Es tremendo el hecho y más tremendo obrarlo. ¡Así lo quisieren los dioses, sea así! ¡Qué amargura y qué repugnante una lucha así!

Se meten a la casa Orestes y Pílates. Llega Clitemnestra acompañada de sus lacayos de Argos y muy hermosamente ataviada.

CORO: ¡Noble reina de los argivos hija de Tíndaro, hermana de los dos hijos de Zeus, entronizados ahora en medio de los brillantes astros en el éter inundado de llamas y que dan a los mortales afligidos en los mares la señal de salvación!

¡Te venero, te celebro, por tu poder, por tu riqueza, ya que eres semejante a los dioses de eterna dicha! Es el momento, oh reina, de defenderse de la suerte! ¡Vivas, oh reina, vivas!

Baja de su carroza Clitemnestra.

CLITEMNESTRA: Bajad, mujeres de Troya, y tendedme la mano para que yo asiente mi pie. Los santuarios de los dioses brillan con los despojos de Troya, y estas mujeres, escogidas entre tantas, son la mejor presa con que he sustituido a la hija que perdí.

¡Nada valen ellas, pero hermocean la casa!

ELECTRA: Yo soy la esclava que arrojaron de la casa real de su padre y que habita bajo este techo lleno de miseria. Deja que yo toque tu mano feliz, madre mía.

CLITEMNESTRA: Para eso son los siervos. No tomes esa molestia.

ELECTRA: ¿Y por qué no? ¿No soy yo una esclava? ¿no lejos de mi casa a vivir me forzaste? En casa conquistada, yo conquistada soy. Y soy mujer sin amparo, ya que mi padre falta.

CLITEMNESTRA: Esos fueron los planes de tu padre, hostil contra los mismos con quienes debía ser el más amante. Sí, cuando hay mala fama en una mujer todo cuanto dice ella se toma a amargura. Pero vamos a los hechos. Si son odiosos, hay que aborrecerlos, y si no lo son, ¿para qué espantarse de ellos?

Tíndaro al darme a tu padre, no fue por cierto para que yo muriera ni para que murieran mis hijos. Y tu padre me engaño. Embaucó a mi hija con el pretexto de un matrimonio con Aquiles, la llevó lejos del palacio en sus naves hasta Aulis y allí sobre el altar, en la flor de la vida, mancilló con su sangre la mejilla de mi hija, de mi Ifigenia. . .

Pudiera yo perdonarlo, sí, si lo hubiera hecho para salvar a la ciudad de su desgracia, o para lograr algún provecho a su regia mansión, o para dar el bien a sus propios hijos, con esa sola muerte...

Pero, ¿por qué lo hizo? ¡Por una Helena disoluta y por un marido débil que no pudo vengarse de la traición que se le hizo! ¡Por eso mata a mi hija!

Me amargó el alma esta ofensa, sí. Pero no fue esa la causa de que mi alma se tornara tan feroz que diera yo la muerte a mi marido. Pero ve lo que hace: regresa acá trayendo una cautiva, y la hace partícipe del lecho que es mío: nos une a dos esposas bajo la misma sombra de un hogar.

Dicen que las mujeres somos muy sensuales: no lo podré negar. Pero, ¿qué hay que decir cuando el marido desdeña el lecho conyugal? ¡Ella toma otro amante: su ejemplo fue fecundo en ella! Y es cuando alzan la voz contra ellas y las colman de vituperios. Y el culpable fue el marido y a él nadie lo vitupera...

Supon que a Menelao lo hubieran robado de su casa sin darse cuenta nadie... ¿iba yo a matar a mi Orestes para salvar a Menelao, marido de mi hermana? ¡Y tu padre qué hizo! ¡Mató a mi hija por la mujer de su hermano! Ni con su vida lo paga. ¡Y yo merezco el castigo!

Lo maté. Sí, ¿cómo podría negarlo? No tenía otro camino: mataba a un enemigo. ¿Hubo acaso un amigo de tu padre que auxiliarme quisiera para darle la muerte?

¡Habla ahora tú, si te place. Libremente demuestra que tu padre murió sin merecerlo!

CORIFEEO: Tu derecho defendiste. Pero eso causa vergüenza. Una mujer se doblega siempre al marido, si tiene ella juicio. Con quien piénselo contrario no quiero ahora discutir:

ELECTRA: Madre, recuerda tus palabras, finales. Dices que puedo hablar libremente. Lo haré así.

CLITEMNESTRA: Lo dije y lo repito, hija;

ELECTRA: Ten cuidado. No al hablar quieras castigarme.

CLITEMNESTRA: No es así. Dulzura opondré a tus desahogos.

ELECTRA: Hablo esas tus palabras me dan el principio de las mías:

¡Debieras tener tú, madre, otra manera de pensar! Bien hacen en ponderar la belleza de Helena y la . tuya propia. Dos hermanas al fin; Pero ninguna digna de Castor. Ella, dejando que se la llevaran, causó su propia ruina. Tú hiciste perecer al más noble de los

héroes de Grecia, y aún tienes la desfachatez de decir que lo haces por vengar a tu hija.
¿Habrá quien te conozca más que yo?

No había sido planeada la muerte de Ifigenia; aún no acababa de dejar la mansión regia tu marido, cuando tú corrías al espejo para arreglar los rizos de tu áurea cabellera...

¡Una mujer que, al partir el esposo, ya está ataviando y acicalando su hermosura, no es mujer honesta!

¿Para qué hermostrar su faz y su persona, si no tiene en la mente malos fines?

Y yo, yo soy la única en saberlo entre todas las mujeres de la Grecia. Cuando se referían triunfos troyanos, tú eras la única que te regocijabas. Y cuando se decía que iban triunfando los griegos, tu vista se nublaba, te ponías triste. ¡Es que ansiabas que Agamenón jamás regresara de Troya!

Di cuanto quieras, razona cuanto quieras... ¡Tú tenías un marido que vale mil veces más que Egisto! ¿No ves que Grecia entera lo puso al frente de sus ejércitos? ¡Las malas obras de tu hermana Helena grande gloria te estaban anunciando: es que el mal que se obra es como un contraste necesario para ser virtuoso.

Pero ya lo concedo. Mi padre mató a su hija. Es lo que alegas. Y yo y mi hermano, ¿qué males te habíamos hecho? A su padre les matas y, ¿qué razón hubo para que no les dieras su casa, su morada, que era de ellos? ¡La diste a tu amante, para comprar la dicha falsa que él te prometía: ese fue el precio del nefando crimen!

Y ese tu esposo nuevo jamás pasó al destierro para pagar el destierro de tu hijo. Y no paga mi muerte, esta mi muerte, dos veces más dura que la de mi hermana Ifigenia. Ella murió y a mí, muerta me tienes viva.

¡Muerte por muerte pide la Justicia: matándote a ti mi hermano y yo, vengar podemos la muerte de nuestro padre! ¡Justa es aquella muerte -tú lo has dicho- también justa es esta! Y quien atiende al oro y a la altura para casarse, es loco. ¡Nada hay tan bello como un hogar modesto que atesora una esposa leal!

CORIFEO: Tomar mujer la vida, como quien juega dados, es la ruina del hombre: unos logran la suerte, y otros la desgracia.

CLITEMNESTRA: Tu amor hacia tu padre es siempre ardiente. Nada más natural.

Unos hijos son amantes de su padre, y otros aman más a la madre.

Te lo perdono, hija, que no puedo gloriarme de mis hechos,

¡Ah, pero cuan sin baños, cuan sin ropa te estoy mirando y casi sin tener en qué dormir!

¡Pobre de ti!, ¿cuál fue mi pensamiento que, por odio a tu padre, te he tratado tan mal, llevando a estos extremos mi a enojo!

ELECTRA: ¡Muy tarde lo deploras cuando es ya irremediable! Murió mi padre, pues...

¿Pero a mi hermano, ha tanto tiempo desterrado, por qué no haces que al hogar regrese?

CLITEMNESTRA: Tengo miedo. Cuido de mi misma más que de él. Dicen que está airado por la muerte de su padre.

ELECTRA: Y, ¿cómo no, si tienes un marido que es nuestro adversario?

CLITEMNESTRA: Esa es su índole. También tú me aborreces.

ELECTRA: Es que padezco. Mas cesará mi enojo

CLITEMNESTRA: También Egisto para ti será menos duro

ELECTRA: ¡Piensa muy alto! ¡Como que detenta mi propio hogar!

CLITEMNESTRA: ¿Lo ves? Tú misma resucitas rencores.

ELECTRA: Guardo silencio. Creo que tan justo es como yo lo soy.

CLITEMNESTRA: Deja ya esas palabras. Y, ¿a qué me llamaste?

ELECTRA: Lo sabes ya, según creo: que he dado a luz ha poco... ¿No quieres tú ofrecer el sacrificio purificador del décimo día por este niño? Tú sabes que lo ignoro, como que nunca había tenido hijos.

CLITEMNESTRA: Ese rito le toca a la partera.

ELECTRA: Es que yo sin su ayuda tuve al niño.

CLITEMNESTRA: ¿No hay amigas cercanas a tu casa?

ELECTRA: De quien es pobre, nadie quiere ser amigo.

CLITEMNESTRA: Iré pues. Entro ya. Yo ofreceré ese sacrificio que se manda hacer por un niño al cumplirse los días. Iré después al campo de las Ninfas a unirme a mi marido que les hace también un sacrificio.

Llevad, criados, la carroza a casa. Deteneos allí y cuando sea tiempo, regresaréis por mí, que yo tengo que ir con mi esposo.

Se van los criados con la carroza.

ELECTRA: Entra a esta pobre casa y ten cuidado de que el hollín no manche tus vestidos. Vas a rendir a los dioses la ofrenda que ellos piden.

Entra Clitemnestra a la casa.

ELECTRA: Preparada está la cesta y bien filosa la daga. La cuchilla que inmole al toro ha de inmolarte a ti. ¡Aun en la mansión del Hades estarán unida a ese esposo con quien compartiste el lecho aquí en la región de la luz! Ese es el favor que te concedo en tanto que tú me dejaste privada de mi padre.

Entra Electra.

CORO: ¡Vicisitudes del infortunio! ¡Mudaron su curso los vientos que azotaban esta mansión! ¡Fue antaño mi rey, mi rey amado el que caía herido en el baño!

¡Un grito resonó en las bóvedas de aquel palacio! Ah, desdichada, mujer, ¿me vas a matar? ¿Hoy que tras largos diez años he regresado al hogar?

ANTISTROFA.-¡Ahora la Justicia hace venir a la mujer que quebrantó su vínculo conyugal! ¡Ay, cuando su esposo llegaba en retorno, tras una larga ausencia a ese bello palacio, a esos muros que los Cíclopes mismos edificaron hasta la altura de los vientos! ¡Con una hacha de doble filo, la miserable, a su esposo asesinó! Con su mano tomó el hacha, con su propia mano de esposa. ¡Su esposo era: no importa la injuria que le hubiera hecho!

¡Como leona carnicera que merodea por los montes, así ella perpetró su crimen!

CLITEMNESTRA: (dentro).-¡Hijos, por los dioses, no matéis a vuestra madre!

CORIFEO: ¿Habéis oído el clamor?

CLITEMNESTRA: ¡Ay, ay de mí!

CORIFEO: ¡Gimo yo también: sus hijos la han vencido!

CORO: ¡Cierto es: Un dios hace justicia cuando lo marca el destino!

¡Qué lamentable es tu suerte! Pero, ¡qué horrible tu crimen!

¡Miserable que mataste a tu esposo!

Orestes y Pílates entran de nuevo. Una máquina de artificio saca los dos cadáveres: Clitemnestra y Egisto.

CORIFEO: ¡Vedlos allí: son los dos matricidas empapados en sangre!

Salen de casa ahora y traen como un trofeo abominable muestras de su fiereza.

¿Donde se vio una cosa con más cruel destino que la casa de Tántalo? ¡Va la suerte funesta dominando a su prole!

ESTROFA 1. ORESTES.-¡Tierra, Zeus inmortal que veis cuanto hacen los hombres: ved estos ensangrentados despojos... ¡yacen al fin en tierra estos aborrecidos y a mi mano cayeron para expiar sus crímenes y las desdichas que yo he soportado!

(Laguna en el texto)

ELECTRA: ¡Lágrimas infinitas hay que llorar ahora, hermano, hermano mío... que la causa yo fui! ¡El fuego del encono quemaba mis entrañas, ay de mí, infeliz, contra aquella que me dio la vida!

CORO: ¡Suerte infausta, suerte cruel fue la tuya, pobre madre! ¡Diste a luz hijos y ellos te quitaron la vida! ¡A qué sufrir tales horrores, que no hallo cómo nombrar? ¡Ah, pero es justa la expiación: tú les mataste a su padre!

ANTISTROFA.1 ORESTES.-¡Oh Febo, oscuras son tus normas de justicia: y lo que no es oscuro es la desdicha con que tú nos agobias y el tributo de sangre que estás pidiendo siempre para que caiga en tierra y baje al hondo Hades.

Y, ¿a dónde voy ahora? ¿a qué ciudad me acojo? ¿Habrá un amigo, puede haber un huésped que quiera fijar sus ojos en la cara de un matricida?

ELECTRA: ¡Y yo! ¿A dónde ir? ¡Habrá coro de danzas que me tolere? ¿habrá fiesta de bodas en que yo pueda hallarme? ¿Habrá siquiera un hombre que me haga subir a su lecho?

CORO: ¡Vuelto, vuelto otra vez tu pensamiento: por donde el viento sopla allá te inclinas! ¡Ahora estás compungida: tenías rencores antes!

¡Ah, crimen, crimen al que tú empujaste y que tu hermano no quería perpetrar!

ESTROFA 2. ORESTES.-¡Lo viste tú: cuando yo iba a herirla, descubrió el pecho y lo exhibía doliente! ¡En tierra estaba caído el cuerpo del que nací, y yo de los cabellos...

CORO: ¡Entiendo bien... qué duro fue el tormento... y ella clamaba y tú eras su hijo... de ella habías nacido!

ANTISTROFA 2. ORESTES.-¡Alzó un tremendo grito, tendió su mano a mi rostro!

¡Hijo -decía- te ruego! Y su mano tocaba mis mejillas y de tal modo se afianzaba a mí que dejé caer la daga...

CORO: ¡Desdichada! ¿Tuviste la osadía de ver esta muerte con tus ojos? ¡Hacer correr la sangre de quien te dio la vida y su postrer aliento iba exhalando!

ESTROFA 3. ORESTES.-Yo eché mi manto sobre de mis ojo; y, a ciegas, la inmolé. . . ¡Clavé la daga en el materno pecho. . .!

ELECTRA: Tocaba yo tu mano, y la daga también y con mis palabras te iba animando.

CORO: El delito más horrible has cometido.

ANTISTROFA 3. ORESTES.--¡Toma una manta y cubre sus heridas es el cuerpo de tu madre... ¡Madre tú fuiste quien engendró el crimen!

ELECTRA: ¡Debiendo ser amiga, fuiste nuestra enemiga, pero yo te envuelvo en este manto.

CORO: ¡Qué infortunio mayor para esta casa!

Aparecen los Dióscuros en la parte alta del palacio.

CORIFEO: Pero... ¿qué veo? ¿Qué aparece en lo alto de esta casa? ¿Genios maléficos? ¿Dioses, acaso? No es el modo de obrar de los mortales. ¿Qué pretenden ahora que se dejan ver de humanos ojos?

DIOSCUROS: Hijo de Agamenón, oye: Somos Castor y Pólux, hermanos de tu madre, los que te hablamos!

De terrible peligro a un navío entre el fragor espantoso de las olas acabamos de salvar. Y venimos a Argos, porque hemos visto caer herida por la muerte a nuestra hermana, que es tu madre misma.

El castigo pudo ser justo, pero tu obra es mala. ¡Fue Febo, sí fue Febo -mi amo es y lo venero- el que dio, aunque él es sabio, un indiscreto fallo! Debemos acatarlo.

Debes ahora someterte a los que imperan la Moira y Zeus.

A Pílates darás por esposa a tu hermana Electra y él la llevará a su casa. Tú, no pises la tierra de Argos. Contaminado estás por haber matado a tu madre. Hay unas diosas terribles, las Keras, que habrán de perseguirte incansables, con su canina faz y te han de llevar errante y vagabundo, con alma enloquecida. Llega hasta Atenas, abrázate a la estatua de la virgen Palas. Ella habrá de vencerlas. Las domará el espanto. No podrán

sus serpientes vengadoras alcanzarte, si pones sobre tu cabeza el ancho escudo en que está esculpida la cabeza de la Gorgona.

Hay en Atenas un sitio que llaman de Ares. Allí por vez primera se sentaron a juzgar los dioses un delito de sangre. Fue cuando el mismo Ares mató a Halirroto, lleno de ira el dios, por la violencia que a su hija había hecho.

Hay un voto muy sagrado. Como venido de un dios. Allí debes ir para que juzguen tu crimen. Habrá empate de votos y quedarás libre de la muerte. Ha de tomar Loxias a cargo suyo tu obra, ya que su oráculo fue que mandó que a tu madre mataras. Quedará como norma al porvenir: votos iguales, salvan al culpable.

Y esas tremendas diosas, cuando vean que su venganza queda sin efecto, habrán de refugiarse en ese mismo collado. Hay una grieta en la roca desde donde han de dar el sacro oráculo que venerarán los hombres.

Y habrás de ir más tarde a morar en Arcadia, al borde del Alfeo. Allí un santuario y una ciudad han de tomar tu nombre. Tal es mi anuncio.

Ahora, al cadáver de Egisto le, darán sepultura los de Argos. Al de tu madre, Menelao que acaba de llegar al puerto de Nauplea, tras su tardada travesía de Troya, unido a Helena su mujer, le dará sepultura. Viene Helena de casa de Proteo en Egipto. Nunca en Troya se halló. Fue que Zeus para excitar la cólera y promover la guerra envió a Troya una imagen de Helena. Fantasmática imagen; más no hubo.

Vaya Pílates ya y a su hogar lleva a esta virgen Electra, que desde hoy es su esposa. La conduzca a la Fócida, el que ya es tu cuñado. Y que de gran opulencia la sature.

Marcha, Orestes, ya es tiempo. Corta el Istmo en tu viaje; llega al sagrado templo de Cecropia. Librado de esta suerte tan horrenda que te hizo matricida, haz de vivir feliz, libre de males.

CORIFEO: ¿Hijos de Zeus, puedo hablar una palabra hacia vosotros?

DIOSCUROS: Claro, esa sangre no cae sobre ti.

ORESTES.-Y yo, hijos de Tíndaro, ¿también puedo hablar?

DIOSCUROS:Puedes, hago responsable a Febo de lo que tú hiciste.

CORIFEO: ¿Cómo es que siendo dioses vosotros y hermanos de la asesinada no habéis expulsado de su casa a las diosas de las venganza?

DIOSCUROS: Era preciso hacer cumplir los fallos del Destino y los imprudentes mandatos de Febo.

ELECTRA: ¡Y a mí qué Apolo y qué oráculo hizo que matara a mi madre!

DIOSCUROS: Común fue vuestra obra y es común vuestro destino. Un negro hado a ambos alcanza que alcanzó a vuestros padres.

ORESTES.-¡Oh, hermana mía, cuando tras largo tiempo pude hallarme a tu lado, de nuevo he de perderte, como me perderás tú!

DIOSCUROS: Esposo tiene y casa. ¿Qué llorar pudiera? ¿Dejar acaso a Argos?

ELECTRA: ¿Hay algo más amargo que dejar las fronteras de su patria?

ORESTES.-¡Pero yo he de dejar la casa de mis padres, y ante jueces extraños deberé ser juzgado y responder del crimen de haber matado a mi madre!

DIOSCUROS:¡Firmeza y confianza! Vas a la santa ciudad de Palas. Mantente valeroso.

ELECTRA: Tu pecho estrecha, hermano, a este mi pecho. ¡Amadísimo hermano: cada uno va a vivir bajo diferentes cielos, lejos del hogar paterno, echados fuera por la maldición de nuestra ensangrentada madre.

ORESTES.-¡Abrázame, sí, abrázame, y llora cuanto puedas, como se llora sobre la tumba de un muerto!

DIOSCUROS: ¡Ay, ay, doliente es tu lenguaje, tal que ni los dioses oírlo debieran y es que los que habitamos en los cielos el dolor compartimos de los hombres:

ORESTES.-¡No verte más!

ELECTRA: ¡Y yo no estar jamás ante tus ojos!

ORESTES.- - ¡ Dame tu adiós postrero

ELECTRA: ¡Ciudad, adiós; adiós, conciudadanos!

ORESTES.-¡Oh, la más fiel hermana...! ¿Ya te alejas?

ELECTRA: Me voy, y van mis ojos empapados en lágrimas.

ORESTES.-¡Píldes mío, adiós... vete feliz y lleva a Electra contigo, que es ya tu esposa!

Salen Píldes y Electra..

DIOSCUROS: ¡Ellos su boda! Los espera ya. Pero a ti, mira... ¡ya están aquí las perras vengadoras! ¡Corre hacia Atenas! No tardan en arrojarse contra ti... ¡Horrendas son: sus brazos son serpientes, negros sus cuerpos, y de tremendos males son el venero!

Sale Orestes.

DIOSCUROS: ¡Ahora a Sicilia vamos! En sus mares las naves salvar debemos de la procela.

Al correr por las diáfanas esferas del éter al malvado le negamos socorro, pero tenemos, una ayuda firme y una salud segura para los que en su vida aman lo santo y cultivan lo justo. ¡Nadie al ir navegando ceda a la injusticia y nunca se acompañe con aquellos que guardar no saben sus juramentos. ¡Divina es nuestra vida y al mortal lo decimos!

Desaparecen los Dióscuros.

CORIFEO: ¡Vivid felices! ¡Poder vivir alegre y no sucumbir al golpe del destino es para los mortales ser dichoso.